

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

66-69

ENERO-DICIEMBRE

1958

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:
DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:
DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:
DR. FRANCISCO LARROYO

Secretario:
MTRO. JUAN HERNÁNDEZ LUNA

FILOSOFÍA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Francisco Larroyo

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:
Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto.	\$ 4.00
Número atrasado	„ 5.00

Sumario

ARTICULOS

Francisco Larroyo.	<i>La influencia de la pedagogía francesa en México .</i>	13
Alfonso Reyes.	<i>Las supervivencias en la religión griega</i>	25
Rafael Moreno.	<i>El humanismo pedagógico y moral de Alfonso Reyes.</i>	37
Dr. Ricardo Guerra	<i>Ramos y sus discípulos. .</i>	49
Santiago Vidal Muñoz	<i>La responsabilidad del filósofo en el mundo actual.</i>	59
Leopoldo Zea.	<i>El positivismo en Iberoamérica</i>	67
Robert S. Hartman	<i>Aspectos éticos de los satélites</i>	75
Emilio Uranga.	<i>El proceso del Ser (Feuerbach contra Hegel) . .</i>	91
G. de la Lama de González.	<i>El pensamiento de Guadapada.</i>	101
Francisco Monterde	<i>El presentimiento de los viajes interplanetarios en la literatura universal . .</i>	109

Amancio Bolaño e Isla	<i>Los problemas lingüísticos derivados de los satélites artificiales</i>	119
Fryda Schultz de Montovani. . .	<i>Amor y tragedia de Larra.</i>	127
José Almoína '	<i>Los testamentos de Erasmo.</i>	135
Joaquín Antonio Peñaloza . . .	<i>Aires clásicos del Polifemo de Góngora.</i>	167
Aurelio Espinosa Pólit (S. J.).	<i>De la Eneida (cinco pane- les)</i>	175
Pedro Urbano González de la Calle.	<i>Contribución al estudio de las epístolas atribuidas a Salustio y rotuladas (Ad Caesarem senem de re pu- blica)</i>	197
Paciencia Ontañón de Lope. . .	<i>La despedida en los corridos y en las canciones de Mé- xico</i>	245

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Edmundo Félix Escobar Peña- loza	<i>Pedagogía de la Enseñanza Superior (Francisco Lar- rroyo)</i>	257
Edmundo Félix Escobar Peña- loza	<i>Didáctica de la Filosofía (J. M. Villalpando N) . . .</i>	260
Luis Recasens Siches.	<i>Instante, querer y realidad (Luis Abad Carretero) .</i>	264

Roberto Caso Bercht.	<i>Estudio acerca de la axiomática del valor</i> (Theodor Lessing).	269
Miguel Bueno.	<i>Historia de la Filosofía Moderna</i> (Francisco Romero)	271
Miguel Bueno.	<i>Diccionario de Filosofía</i> (José Ferrater Mora).	273
Mtro. J. Hernández Luna	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras.</i>	275

LOS PROBLEMAS LINGÜÍSTICOS DERIVADOS DE LOS SATÉLITES ARTIFICIALES

Dar nombre a las cosas y circunstancias que rodean al hombre y condicionan su manera de *estar* y *actuar* en la vida, dentro de los márgenes generacionales por los que cada hombre se halla limitado, ha sido siempre problema humano y al que hay que darle solución humanamente aceptable. Ahora bien, todo nombre arrastra consigo elementos fonéticos, morfológicos, sintácticos y semánticos que es preciso combinar sabiamente para llamar adecuadamente a los seres, porque todos esos elementos son fósiles e inactivos mientras permanecen separados unos de otros, pero cobran valor expresivo, una vez reunidos, para dar nombre a una *cosa* hasta entonces innominada o desconocida. Pero bien ¿las cosas que vamos a bautizar, poniéndoles un nombre, son lo que son realmente o son sólo lo que a nosotros nos parece que *son*? He ahí el vacilante problema que mantiene en vilo ondulante a nuestro inmortal fantaseador Don Quijote de la Mancha. "De allí a poco, descubrió D. Quijote un hombre a caballo que traía en la cabeza una *cosa* que relumbraba como si fuera de oro" . . . "Dime —dice su escudero— ¿no veis aquel caballero que hacia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro —respondió Sancho— no es sino un hombre sobre un asno, pardo como el mío, que trae sobre la cabeza una *cosa* que relumbra." Sancho, ladino y precavido, se guarda muy bien de dar nombre a algo que todavía no ha entrado por la vía sensitiva total, dejando en ella una convicción de realidad definida y definitiva. De aquí nace la ecuación *vaci-yelmo* que nos mantendrá en un balancín dubitativo y que es precisamente la razón de ser de la obra inmortal.

En *El Caballero Cifar* éste ve cómo unos juglares "subían por los rayos del sol a las finiestras de los palacios que eran mucho altos". Es lástima que Cifar no dé nombre a estos escaladores celestes, pero no hemos de extrañarlo "La impresión de azarosa sorpresa a causa de inesperados prodigios, exteriores a la persona, es propia de los Li-

bros de Caballerías". La visión metafórica, bellísima y deslumbrante, ahí queda, pero ella no modifica en nada la manera de *ser* y de *estar* o *actuar* del caballero Cifar. La falta de curiosidad científica medieval nos deja con el disgusto de ignorar cuál nombre podrían llevar o dárseles a aquellos juglares que por los rayos del sol subían a "las fiestras de los palacios".

Pero he aquí otro caso con distinta solución: sucede en el Quijote, obra cumbre del Renacimiento español, en donde la azarosa sorpresa es consustancial con el arte mismo de la obra, o sea, ontológicamente la obra misma donde "nada acontece sin más ni más sino que todo sucede para poner en un brete a Don Quijote y a cuantos bullen afanosos a su lado, para que hechos y personas den a luz sus latencias y se hagan irradiantes de posibilidades". Por eso, en una misma unidad de experiencia coexisten lo sobrenatural y lo natural, lo religioso y lo profano, lo espiritual y lo físico, lo abstracto y lo concreto. En una palabra, "todo acontece en el libro inmortal para hacer saltar a Don Quijote de sus casillas, para incitarle y ponerle en trance de caballero andante", capaz de acometer las hazañas más inverosímiles.

A los lamentos de la Dolorida y demás dueñas de barbados rostros tiene que suceder el episodio de *Clavileño* para que Don Quijote pueda llevar a cabo la empresa más temeraria de su vida: la venganza de aquellos ultrajados rostros contra "el follón y malintencionado de Malabrino".

Sancho, lleno de curiosidad renacentista (ya en otras partes demuestra este afán de saber lingüístico) desea conocer el nombre de aquel caballo cuya fama va a superar a la de Pegaso, Bucéfalo, Brilladoro e incluso a la del mismo Rocinante. Su ansiedad queda satisfecha por la misma barbada condesa, quien le dice que "se llama *Clavileño* el *Aligero* cuyo nombre conviene con el ser de *leño* y con la *clavija* que trae en la frente y con la lijereza con que camina y así, en cuanto al nombre, bien puede competir con el famoso *Rocinante*".

Henos aquí, pues, ante un nombre perfectamente adecuado a la función y características del famoso caballo, que ha de ir de Zaragoza a Candaya en menos tiempo del que se tarda en descabezar un sueño, "rompiendo los aires con más velocidad que una saeta" . . . , "atravesando la segunda y tercera región del aire donde se engendran los truenos, los relámpagos y los rayos, pasando por la región del fuego", donde a Sancho se le chamuscan las barbas atrevidas. Cervantes, genial, aprieta en la realidad de un nombre que parece no decir nada la función metafórica y trascendente de este *leño-caballo* que desempeña en la segunda parte del Quijote el mismo papel que los *molinos-gigantes* de la primera, si bien éstos se metamorfosearon gracias a la ingente fantasía creadora de Don Quijote, mientras que aquél se debe a la imaginativa satírico-burlesca de los duques que ayudan a crear a

Don Quijote, cuando la mente creadora del Caballero inmortal ha venido a quedar estéril a fuerza de tremendos e irreparables desengaños.

Los dos pasajes comentados pueden introducirnos en el tema actual de los satélites artificiales.

Todos sabemos que no siempre los nombres dan idea adecuada de las cosas si el uso no se encarga de conformarlos en nuestra mente a la función o característica de esas cosas por ellos denominadas: "Multa renascentur quae jam cecidere; cadentque, —quae nunc sunt in honore, vocabula, si volet usus—, quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi." Así nos habla Horacio cuyos preceptos tienen vigencia actual y actuante. Y no olvidemos que los nombres salidos del vulgo anónimo son siempre más significativos y mucho más adecuados que los inventados o impuestos por técnicos especializados. Veamos dos ejemplos definitivos en defensa de lo que estamos propugnando: del diminutivo de *ferru* que es *ferruculu* y pasa a *ferru'clu*, por la pérdida de la postónica debía salir, según las leyes fonéticas: *herrojo*. Ahora bien, el uso, el pueblo etimólogo, cruzó la función con las características y lo que debiera ser *herrojo* se convirtió en *cerrojo*, es decir, un hierro pequeño que sirve para cerrar; pero fijémonos en que a pesar del cambio tremendo verificado en la palabra, quedan en ella, sin embargo, representadas todas las características y funciones del objeto: *hierro* + *pequeño* + *función*, o sea que sirve para cerrar. La palabra es característica, clásica, perfecta.

Veamos en contraposición, una palabra técnicamente formada: *auto-móvil* = *móvil* por sí mismo, el que se mueve por sí. Es claro, que si bien la palabra indica perfectamente la función, no nos indica tan perfectamente las características. Se mueve pero no por sí mismo, es decir, no tiene el objeto esta característica vital, propia sólo de los seres animados que son los únicos que se mueven por sí mismos. ¿Qué sucede entonces?, que la palabra no acaba de adecuarse perfectamente y unas veces decimos *carro*, otras *coche*, otras *automóvil* sin que podamos tildar de imprecisos a quienes hagan uso de cualesquiera de esos vocablos indistintamente. Hay palabras que jamás logran esta adecuación perfecta.

Sirvanos esto sólo de introducción para entrar de lleno al campo de los satélites. La palabra es latina: "satelles-itis" y evidentemente culta. Su forma popular debiera ser *satelde*, o *satedle* en virtud de una metátesis, o *stelle* si se hubiera verificado una asimilación. Todo esto quiere decir que la palabra es nueva en el idioma. Tan nueva que el Diccionario de Covarrubias editado el año de 1611 y reimpresso con adiciones en 1674 no la consigna. Esto quiere decir que nuestros clásicos no la utilizaron. El Diccionario de Autoridades de 1735 dice: *Satélite* lo mismo que *corchete* o *alguacil*. Y luego en

plural: *Satélites* cuatro estrellas pequeñas que siempre acompañan al planeta Júpiter y otras cinco que andan alrededor de Saturno. Como se ve, aunque determina la función, la palabra no está adecuada, no contiene la verdadera naturaleza del objeto. Es muy reciente la verdadera definición: Barcia dice que es planeta menor que gira en torno a otro mayor. Y julio Casares en su Diccionario Ideológico lo define: cuerpo celeste opaco que gira alrededor de un planeta primario. Cuya definición nos parece la única aceptable. En latín tampoco tiene el significado de *astro*, sino de *compañero*, *soldado de guardia* de un príncipe, etc. Cicerón llama *satelles Jovis* al águila que suministra el rayo a Júpiter. Horacio llama *satelles Neptuni* a las tempestades que suelen ser las compañeras inseparables del dios de los mares. Sólo Cicerón habla de *satelles noctis* satélite de la noche, pero no se refiere a la luna sino al lucero vespertino. Y bien conocidas son las mismas palabras de Cicerón en su *Oratio in Catilinam*: "audaciae satellitem atque administrum tuae", que traducimos "compañero y cómplice de tu maldad".

Por lo que se refiere a la formación no están acordes los etimologistas. Hay quienes derivan la palabra de *satis* + *ago* = *sátago* que significa: *cuidar mucho de*, *hacer esfuerzos por*, *andar solícito*, etc. Entonces, señores, podemos concluir que la palabra *satélite* no se adecúa perfectamente a la naturaleza y funciones del objeto que queremos nombrar. Claro que el uso ha adecuado ya la palabra a los objetos astrales menores que en virtud de las leyes de la mecánica celeste giran en torno a astros de mayores masas, más próximos a ellos que otros que *no lo están tanto*. Así la Luna, es satélite de la Tierra. Estos nuevos satélites tendrían pues, que llevar un sobrenombre que se adecuara a sus funciones o a sus características mecánicas. Y me parece que la razón social *satélite artificial* no dice nada o no se adecúa perfectamente a sus funciones que no son simplemente las de girar en torno a la Tierra sino que tienen misiones más elevadas que llenar y cumplir, si han de sernos útiles a los humanos.

Examinemos ahora la palabra *Luna*. Procede de la prolífica raíz de *lux*, de donde *lucere* y tal vez del plural de *lumen* - *lumina* que por medio de una contracción perdió la sílaba completa postónica en época muy antigua del Latín Vulgar, pues si la pérdida hubiera sido más reciente, en español sería *luña* y no *luna*, como *dominu* da *dueño* y no *dueno*. Claro que en español podría haber tenido otras soluciones, pero la palabra existe ya en latín en la misma forma en que hoy la tenemos en nuestra lengua. Monlau dice que procede de *lucina* a *lucendo* pero la *i* de *lucina*, larga por naturaleza, me parece que no autoriza la contracción que quiere hacerse para convertirla en *luna*. El polígrafo Varrón que vivió del 116 al 27 a. C. en su *Res rusticae* ya emplea la palabra en la misma acepción que tiene para nosotros.

Cicerón, muerto el año 43 a. C. en *De republica libri 3* habla de la luna llena, y de la luna nueva, *luna nova*, en "Epistulae ad Atticum". Lo mismo sucede con Columela y otros muchos escritores latinos. Virgilio, como gran poeta, metaforiza las tres fases más visibles de la luna en su *Aeneidos 4* con esta preciosa frase: "Tria virginis ora Dianae"

Y todos conocemos la frase, creo que atribuída a Pomponio Mela: "Palida luna pluit, rubicunda flat, alba serenat."

La Escritura llama a la luna *luminare minus*, en contraposición y por respeto al sol que es el *luminare maius*. Esto me ha hecho pensar si el plural *lumina* del singular *lumen* y de donde puede proceder, según antes dijimos, por una contracción, aquí sí posible porque la *i* de *lumina* es breve, muy frecuente en latín y en todas las lenguas, la palabra *luna* no tendría una significación colectiva, referida a todos los luceros que alumbran la noche de los terrícolas y que viniese a quedar solamente para significar al más destacado y resplandeciente de todos esos luceros, que, de paso, tampoco es palabra que pueda aplicarse a la luna, ya que *lucero* es el que hace la luz, y la luna no la hace sino que simplemente la refleja. Claro que la palabra se ha adecuado ya, aunque imperfectamente, pues sólo las personas cultas saben cuáles son las características específicas y las funciones adecuadas del satélite de la tierra, y así no es raro ver escrito u oír hablar indistintamente del sol, la luna y las estrellas, confundiendo sus funciones y características. ¿Conviene la palabra *luna* a los artefactos en que nos estamos ocupando? Evidentemente que, en la realidad, no les corresponde ese nombre, aunque metafóricamente pudiera dárseles. Si *luna* significa luz, lumbre, estos objetos no poseen luz o lumbre propia, aunque sí reflejen, pero débilmente la que reciben del sol, como la luna, mas sin ninguna de las características de la luz reflejada por ésta. Porque, según esto, también podría llamarse lunas al ejército de asteroides que rodean a la tierra, y a nadie se le ocurre denominarlos de tal manera. Y ¿*lunas artificiales*? pues creemos que tampoco dice nada la frase por no adecuarse perfectamente a las características y funciones de los objetos, como dijimos al hablar de *satélite*.

Sigue entonces, "sub iudice" el problema. ¿Cómo llamarlos? Conviene hacer algunas consideraciones previas. Tenemos la palabra *fútbol* cuya adecuación se ha hecho insensiblemente, sin grandes discusiones previas. El Diccionario de la Academia ya la consigna como propia y su destierro del acervo común del léxico sería asunto más que difícil, imposible. Y es claro que nadie al usar la palabra piensa ya en sus características y funciones, sino en algo que está ahí y que se llama así. Como decíamos al principio, comentando a Horacio: "si volet usus quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi". En cambio todos recordamos, por lo menos todos los que peinamos

canas, las discusiones sostenidas en la prensa diaria respecto a los vocablos *amarizar*, *acuatzar* y otros *por el estilo*, cuando se trató de dar nombre a esa función de los aeroplanos que se deslizan por el agua antes o después de recibir o frenar el impulso que ha de mantenerlos en el aire. Dichas palabras no han tenido suerte, y ahí están todavía, pugnando por entrar en el acervo común idiomático, a pesar de su pareja y paralela *aterrizar* que ha tomado ya posesión de su sillón académico.

Pasemos pues, a nuestros *satélites artificiales* y tomemos como buena, por el momento, esta expresión que antes hemos juzgado inapropiada.

Hemos de reconocer que los rusos han tenido suerte al lanzar su primer *satélite artificial* y no hablemos del éxito político, diplomático, económico o social sino simplemente lingüístico. El camino por el cual las palabras de una lengua han pasado a formar parte de la estructura idiomática de otra ha sido siempre el mismo. La grandeza y poderío económico y político de un pueblo, militar o religioso, artístico o cultural es la catapulta que abre brecha en las estructuras lingüísticas para que se dejen penetrar por palabras tan extrañas como puedan serlo dos individuos de razas diferentes (que me perdonen los antropólogos si es que no se puede hablar de razas diferentes). Pensemos en la influencia de Francia sobre España en el siglo xi merced a los monjes de Cluny que matizó nuestro incipiente lenguaje de palabras de evidente estructura gala, que tanto contribuyeron a enriquecer nuestro idioma, y que en los siglos xvii y xviii vuelven a invadirnos gracias a la preponderancia política que Francia adquiere en el período culminante y más brillante de su historia. En los siglos xiv y xv con el prestigio de la poesía simbólica y sobre todo de Dante y Petrarca es Italia, la que nos regala con la suave sonoridad de múltiples palabras toscanas. En el siglo xvi la grandeza política y militar de España obsequia a Europa múltiples vocablos que penetran en todas las lenguas y en ellas siguen viviendo y proliferando con típica fecundidad hispánica. También el ruso había logrado abrir las puertas de Occidente y en nuestro diccionario figuran las palabras *pope*, *Zar*, *cosaco*, etc., de indudable ascendencia moscovita.

Pues bien, he aquí el caso de los famosos *Sputnikes*, su significado determinante es algo así como: compañero de viaje o coviajero, y por consiguiente el mismo del *satélite* latino, como hemos visto. Lo que importa es que este *artificial satélite* fue el primero lanzado al espacio y Rusia que lo lanzó es país que ocupa las páginas de la prensa diaria y potencia metida en todas las mentes y corazones del mundo para amarla y bendecirla unos, y odiarla y execrarla otros. Así pues, será bien difícil prohibirle la entrada a dicha palabra *Sputnik* en los diccionarios de todas las lenguas, e imposible desterrarla del lenguaje

de los mortales. Ahora bien, si éste es un hecho ya consumado, lo importante es adaptar dicha palabra a las regulaciones fonéticas de cada idioma. ¿Qué le sucederá en el nuestro? Bien sabido es que nuestra lengua no admite sonidos oclusivos, ni sordos, ni sonoros en final de sílaba, así que la *t* de *sput* irá suavizándose poco a poco hasta convertirse en una *d* fricativa, lo mismo que le pasó a *atmósfera* que todos pronunciamos *admósfera* y cuya pronunciación damos ya por absolutamente correcta. Lo mismo podemos decir de la *k* final, sonido también oclusivo que no puede prevalecer, y del mismo modo que decimos *coñá* y nos parece afectada la pronunciación *coñac*, terminaremos por podarle a la palabra esa *K* final y nos contentaremos con *espuđni*, formando su plural con añadirle simplemente una *s* que nos dará muchos *espuđnis*. Por supuesto que como en español no existe *s* líquida inicial, la palabra tendrá que empezar por *e* - *espuđnis*. Claro que no faltará algún madrileño cañí que diga *espuznis*, algún catalán que acentúe las oclusivas y algún mexicano, pues no olvidemos que en México tendemos al enfatismo fonético, que diga *esputnik* y que por consiguiente tenga que formar su plural con la sílaba *es*: *esputnikes*, pero la fonética que le corresponde es la que señalamos anteriormente, regidora de los destinos fonéticos de nuestro idioma desde que nuestros abuelos abandonaron el cascarón del Latín Vulgar y comenzaron a hablar en *Romance*.

Y veamos cuántas paradojas pueden entrar en la vereda de las posibilidades. Para nosotros, el *Explorer* americano lleva un nombre más adecuado a su función científica en el espacio y, sin embargo, es palabra que nació muerta. Nadie dirá *explorer* ni *explorador*. El *ESPUĐNI* le ha comido la partida. Las consideraciones de otra índole, derivadas posiblemente de este primer hecho, las dejamos a la libertad de pensar y opinar de cada uno de nuestros oyentes o leyentes, ya que afortunadamente esas dos funciones de la mente humana son gratamente posibles en el país libre y liberal en que tenemos la suerte de vivir, desarrollando sin trabas nuestras humanas actividades.

AMAÑICIO BOLAÑO E ISLA.